

# NOTA EDITORIAL

Los resultados de las elecciones de marzo fueron decepcionantes para el Partido Popular. El esfuerzo realizado para explicar a los españoles la existencia de un vínculo entre las cosas que hacemos y las cosas que nos pasan como sociedad política, el trabajo para hacer visible la relación entre las decisiones y las omisiones del Gobierno, por una parte, y el modo en que evoluciona el bienestar de los españoles, por otra, no mereció el respaldo mayoritario de éstos, pese a que obtuvo un apoyo muy significativo. El Gobierno logró un éxito sorprendente en su esfuerzo por convencer al electorado de que en realidad no era que las cosas fueran mal sino que el PP deseaba que fueran mal porque era un partido que no sabía disfrutar de los éxitos de otros.

Quienes constataban los riesgos y los problemas y advertían de los mismos no eran mirados como personas o partidos especialmente atentos a la preservación del bien común, como vigilantes despiertos que anticipaban el peligro para que no llegara a ocurrir lo peor, sino como aguafiestas incapaces de alegrarse de que España viviera un gran momento sólo porque quien lo había hecho posible había sido el PSOE. Este argumento fue incluso el que finalmente sintetizó la acusación del Gobierno contra quienes se opusieron a su negociación política con ETA y le advirtieron del engaño en que se encontraba envuelto y de cómo terminaría todo: se oponen –decía el Gobierno socialista sobre el PP– porque no quieren que sea el PSOE el que termine con ETA.

Frente a ese PP que daba la voz de alarma ante la crisis que llegaba y ante la pérdida de peso de España, que alertaba del deterioro de las instituciones y de los efectos del eclipse del valor normativo de la Constitución, el PSOE se aprestó a “defender la alegría”, al parecer amenazada por el gesto de preocupación y por las advertencias de la oposición, una alegría encarnada en el Presidente del Gobierno, en su proverbial capacidad para mantener la sonrisa, en su optimismo antropológico y en su mirada positiva.

Sin embargo, y como, por desgracia, es evidente, los acontecimientos que se han sucedido desde entonces hasta ahora han dado la razón al Partido Popular. Esto no hace sino confirmar que las elecciones no son un modo de determinar la verdad sobre las cosas sino sólo un medio de elegir representantes y gobernantes. Los votos dan el poder, no la razón, y precisamente por eso es necesario que la crítica y la denuncia de lo que los gobiernos hacen no decaiga nunca, ni siquiera cuando acaban de ser reválidos en las urnas, y es también imprescindible que se respete el papel que la oposición desempeña en el conjunto del sistema y que ésta lo ejerza con decisión y con libertad. Sin duda alguna, esa oposición obtendrá seguidamente la reprobación conocida (“si critican al Gobierno es porque no aceptan los resultados electorales”), pero eso debe darse por descontado.

Estas elecciones y la evidencia de que el principal partido de la oposición tenía razón en lo fundamental, deben servir para que la cultura política española se perfeccione y para que se asienten entre nosotros la idea de que lamentablemente las cosas no siempre son como nos gustaría que fueran y la convicción de que sólo cuando se acepta este hecho podemos procurar que sean de otra manera. Hasta ahora no se ha acreditado que el optimismo presidencial rinda provecho alguno en las actividades que son propias del cargo. Por el contrario, sí han sido acreditados los beneficios del realismo y de la pericia técnica.

Las crisis no son inevitables, pero para evitarlas, o al menos para procurar que no sean muy largas ni muy profundas, es necesario comprender cómo funciona la economía y tener a la vista la experiencia y las enseñanzas de la historia. Tampoco es inevitable la periferización de España, pero

para eludirla es necesario entender que las relaciones internacionales se basan en la existencia de intereses nacionales, que cada país defiende lo suyo y que nadie lo defenderá en su nombre, y que las instituciones supranacionales sólo tienen sentido y sólo tendrán éxito si sirven para defender mejor esos intereses. La erosión del respeto por el Estado de derecho no tiene por qué verse con resignación, pero para que haya algo más que resignación es preciso que se comprenda que la ley es el fundamento de la vida libre de todos y que se actúe con la resolución y con la persistencia que ese hecho reclama. La inmigración ilegal es un problema de difícil solución, pero puede llegar a ser un enorme problema cuando quien debe enfrentarse a él considera que el problema no es la inmigración ilegal sino quien la denuncia y quien ofrece soluciones razonables.

El Gobierno acaba de descubrir que la energía y el agua tienen una importancia que trasciende la de su uso como material satírico en manos de la Secretaría General del PSOE, pero cuando lo descubre es cuando para muchos la falta de agua o el precio de la energía ya no tienen ninguna gracia.

Ahora, finalmente, parece que el Gobierno ha transformado su entusiasmo europeísta en puro oportunismo, y que ha encontrado en las directivas europeas una manera de eludir su obligación de dar explicaciones a la opinión pública sobre sus notorios cambios de posición en asuntos fundamentales, cambios de posición que invariablemente consisten en hacer tarde y mal lo que el PP proponía hacer bien en su momento, y directivas a las que podía haberse opuesto. La cercanía de las elecciones europeas confiere a este hecho una importancia singular.

Por todo lo anterior, la paciencia y la perseverancia son dos virtudes particularmente importantes para quien sabe que tenía razón en lo fundamental, aunque no se le reconociera en la medida necesaria para alcanzar el Gobierno. Frente a ello, Rodríguez Zapatero se encuentra ya en el camino de repetir el memorable aserto con el que Felipe González trató de explicar su cambio de modelo económico en el Congreso socialista de 1988: “Las cosas que es necesario hacer son tan socialistas como las que nos gustaría hacer”. Aquella transformación fue posible para el PSOE por-

que enfrente no había una oposición capaz de ganarle las elecciones, pese a la conflictividad social que se desató poco después de que esa frase fuera pronunciada. Ésa debe ser ahora la gran diferencia.

La claridad en el mensaje y la precisión en los conceptos son, pues, absolutamente necesarias para el PP en las actuales circunstancias, y a ellas pretenden servir los estudios que presenta el número 19 de *Cuadernos de Pensamiento Político*, que son los siguientes: “El Estatuto Jurídico de la Víctima”, de María Tardón Olmos; “La suave rigidez constitucional: derechos que no son derechos”, de Andrés Ollero; “¿Qué tipo de amenaza nos plantea el Islam radical?”, de Florentino Portero; “Mayo del 68: El camino al terrorismo”, de Jon Juaristi; “La Iglesia frente al terrorismo. Reflexiones en torno al documento de monseñor Sebastián”, de Jaime Ignacio del Burgo; “1996-2004: El balance del consenso”, de Lourdes López Nieto; “Sugerencias ante una posible reforma constitucional”, de Manuel Ramírez; “El segundo mandato de Zapatero. Un ensayo de prospectiva”, de Miquel Porta Perales; “La Unión por el Mediterráneo: ¿mediterraneización del Norte o europeización del Sur?”, de Iskren Kirilov; “El futuro del neoconservadurismo en Estados Unidos”, de José María Marco; “Globalización, tecnología y libertad”, de Valentí Puig; “La evaluación de la política educativa como clave en el éxito”, de Fernando Sánchez-Pascuala Neira, y “La memoria incivil”, de Pedro Corral.

Las reseñas de este número de verano son: *La tiranía de la penitencia* (Pasqual Bruckner), por Rosa María Rodríguez Magda; *Naciones y nacionalismo* (Ernest Gellner), por José María Carabante; *Inexistente Ál Andalus* (Rosa M<sup>a</sup> Rodríguez Magda), por Fernando R. Genovés; *La financiación del terrorismo y las Naciones Unidas* (Luis M. Hinojosa Martínez), por José Luis López Valenciano; *Los nuestros* (Serguéi Dovlátov), por Pedro Fernández Barbadillo; *Vencer el Miedo. Mi vida contra el terrorismo islámico y la inconsciencia de Occidente* (Magdi Allam), por Miguel Gil, y *Europa y la Fe* (Hillaire Belloc), por Mario Ramos Vera.